

NEW LEFT REVIEW 108

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2018

ARTÍCULOS

ALEXANDER CLAPP	Rumanía rediviva	7
MARCO D'ERAMO	Geografías de la ignorancia	47
JACOB COLLINS	Pensar de otro modo	51
MELISSA MYAMBO	¿África en ascenso?	81
MIKE DAVIS	El año 1960	95
CHIN-TAO WU	La moda seduce al arte	129

CRÍTICA

PETER OSBORNE	La historia de Habermas	139
FRANCIS MULHERN	Empson, sin igual	155
JOHN NEWSINGER	El héroe del laborismo	165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

John Bew, *Citizen Clem: A Biography of Attlee*,
Londres, Riverrun, 2016, 688 pp.

JOHN NEWSINGER

MUCHAS RAZONES PARA SER MODESTO

La biografía de Clement Attlee escrita por John Bew ha sido recibida casi con aclamación universal: han aparecido reseñas entusiastas, por lo general centradas en la importancia contemporánea del libro, en el *Financial Times*, la *London Review of Books*, *The Spectator*, *The Times* y *The Observer*, y *Citizen Clem* ha recibido el Premio Elizabeth Longford de biografía histórica y el Premio Orwell 2017. El autor del libro, nacido en Irlanda del Norte, hijo del barón historiador convertido en unionista Paul Bew, enseña en el King's College de Londres. Los primeros libros de Bew se concentraron en su región natal: un estudio sobre el unionismo en Belfast en el siglo XIX, y *Talking to Terrorists*, que se proponía establecer qué lecciones derivaban de los procesos de paz norirlandés y vasco. Estas obras fueron seguidas en 2011 por una admirativa biografía de Castlereagh, que pretendía rehabilitar al carnicero de Peterloo, y en 2016 por *Realpolitik: A History*. Bew acumuló también un historial de compromiso político incondicional con la decididamente atlantista Henry Jackson Society, desde su fundación en 2005, antes de trasladarse a otro grupo de análisis derechista, Policy Exchange. Escribe con regularidad en *New Statesman*, como especialista en asuntos internacionales.

Bew mostró su disposición a escribir la biografía de Attlee en un artículo publicado en 2013 en *New Statesman*, adelantando dos líneas de argumentación, que más tarde retomarían sus admirados reseñistas. Las reformas internas efectuadas por el gobierno laborista en 1945-1951 fueron posibilitadas por una coyuntura de posguerra específica y no podrían ampliarse,

ni siquiera conservarse, en el Reino Unido contemporáneo. Adiós al «espíritu de 1945». Pero el otro lado del expediente de Attlee, su política exterior antisoviética y su compromiso con la OTAN, era intemporal y debería mantenerse a toda costa. En su producción periodística, Bew se ha ocupado especialmente de defender la tradición laborista de jugar a lugarteniente leal de Estados Unidos –algo que él denomina «internacionalismo laborista»– y de tachar a quienes critican dicha tradición de títeres de Putin, del ISIS y de Sadam Husein. Escribiendo cuando Ed Miliband era líder del Partido Laborista Británico, admitió a regañadientes que «repudiar el blairismo es inevitable, quizá, al menos por ahora». La prioridad sería salvar del naufragio de Iraq el compromiso atlantista del laborismo e impedir cualquier caída en el «aislacionismo». *Citizen Clem*, que salió a la venta poco después de que Miliband fuese sustituido por Jeremy Corbyn, un hombre cuyo currículo Bew detesta, va claramente dirigido a quienes se oponen con igual vehemencia a la captura del liderazgo laborista por la izquierda.

Nacido en 1883, hijo de un próspero abogado, los comienzos de Attlee se sitúan en Putney, un barrio de las afueras de Londres, y su primer contacto con el movimiento laborista se produjo cumplidos ya los veinte. Como señala Bew, el colegio privado al que Attlee asistía, Haileybury, tenía desde antiguo una relación con la Compañía de las Indias Orientales. El futuro líder laborista pasó por Oxford y desempeñó una breve carrera jurídica con «convicciones políticas esencialmente conservadoras y decididamente imperialistas». Su interés por las desgracias de los pobres derivó de la Guerra de los Boers, cuando la proporción de obreros rechazados por el ejército por incapacidad médica se consideró un problema grave. A Attlee le preocupaba que «la salud de los obreros estuviese ahora directamente relacionada con la salud del imperio», y comenzó a colaborar con el Haileybury Club del East End londinense para supervisar las actividades de los jóvenes obreros. Gravitó hacia el Partido Laborista Independiente (ILP) durante la intensificación de los disturbios laborales previos a la guerra, aunque no hay pruebas de que apoyase activamente las grandes luchas de esos tumultuosos años.

Attlee fue un firme defensor de la guerra que comenzó en 1914 –«haciendo todo lo que estuvo en su mano», de acuerdo con Bew– y luchó por el Imperio en Galípoli, en Oriente Próximo y en el frente occidental. Su hermano Tom, también miembro del ILP, fue encarcelado por declararse objetor de conciencia. Bew cita una carta de Attlee a Tom, calificando su negativa a servir en el ejército de «individualismo anarquista», y comparándolo con la amenaza de resistencia violenta por parte de Edward Carson al estatuto de autonomía (*Irish Home Rule*) concedido por el Reino Unido a Irlanda antes de la guerra. (En una paradoja que sin duda no se le habrá escapado a Bew, pero que prefiere no mencionar, a Carson se le recompensó este acto de traición con un puesto en el gobierno, mientras que Tom Attlee fue enviado a la prisión

de Wormwood Scrubs). También cita una reflexión inédita de Attlee sobre el fracaso de la Segunda Internacional, en la que atribuía el abandono de las promesas antibélicas por parte de los socialistas británicos, franceses y alemanes a la «solidaridad con sus paisanos, pero también a la necesidad de mantener intacto el campo en el que luchaban sus batallas particulares». Esta actitud se mantuvo inamovible tras cuatro años de insólita carnicería: «Hasta la Gran Guerra no comprendí plenamente la fuerza de los vínculos que unen a los hombres con su tierra natal». Dichos sentimientos se transformarían, pero no se cuestionarían: en palabras de Bew, Attlee percibió el apoyo resuelto de los laboristas a la guerra como «un avance importante en sus esfuerzos por revelarse como un partido verdaderamente nacional».

Bew insiste en que Attlee quería proteger al Reino Unido del «radicalismo y el desorden de estilo europeo» tras la guerra, y señala el libro publicado en 1920, *The Social Worker*, como una fuente crucial, describiéndolo como «el guión olvidado del Partido Laborista del siglo xx». Attlee escribió *The Social Worker* cuando estaba dando clase en la London School of Economics, y el título del libro permite conocer con precisión sus contenidos. En lugar de emanciparse mediante la lucha de clases, la clase obrera debía mejorar mediante una reforma gradual que perturbase lo menos posible el orden establecido. Temía que la Huelga General convocada en 1926 pudiera «dañar la reputación de aptitud constitucional que tanto le había costado conseguir al laborismo».

Attlee había sido elegido para la Cámara de los Comunes en 1922, pero empezó a destacar cuando el líder laborista Ramsay MacDonald lo nombró miembro de una comisión de partidos reunida en 1927 por Stanley Baldwin para examinar el futuro desarrollo constitucional de India. Como era de prever, la comisión no incluía ningún participante indio, algo que incluso a su presidente, Sir John Simon, le parecía un tanto incongruente. Bew sugiere que cuando la Comisión desembarcó en Bombay «fue boicoteada por los políticos locales». De hecho, cuando llegó el barco, hubo que proteger los muelles con un fuerte despliegue policial, porque en la ciudad se había convocado una huelga general contra la Comisión y cincuenta mil personas se estaban manifestando por las calles. Las protestas continuaron mientras los comisionados recorrían el país. En Lahore, la policía atacó al líder nacionalista Lala Lajpat Rai en una manifestación. Rai, que en otro tiempo había puesto grandes esperanzas en el Partido Laborista Británico, murió quince días después a causa de las lesiones. A su regreso a Londres, Attlee fue recibido en la Estación Victoria por manifestantes liderados por el parlamentario laborista comunista Shapurji Saklatvala, y tuvo que escapar por una entrada lateral. Bew no registra nada de esto en su libro, aunque sí encuentra espacio para mencionar «una cena de antiguos haileyburianos» ofrecida en honor a Attlee en Rawalpindi. Sin duda esto refleja el

propio sentido de las prioridades de Attlee. Cuando la Comisión entregó su informe, los acontecimientos ya habían tomado la delantera, y Ramsay MacDonald, entonces primer ministro, decidió no tenerlo en cuenta. Para Beatrice Webb, una de los primeros mentores de Attlee, el informe parecía haber sido redactado bajo la suposición de que «los británicos habían nacido para gobernar y los indios nacen para ser gobernados». De hecho, dio a Attlee —como admitió su primer biógrafo, Roy Jenkins— fama de «reaccionario en lo referente a la cuestión india». Durante el mandato de MacDonald, Gandhi lanzó su segunda gran campaña de desobediencia civil. Cuando dejó el poder, el gobierno laborista había encarcelado a más de 60.000 hombres y mujeres, y se desconoce el número de fallecidos por disparos de militares y policías. Algunos parlamentarios laboristas presentaron objeciones; Attlee no se encontraba entre ellos. De nuevo, Bew no menciona el episodio.

La progresión de Attlee en las filas laboristas avanzó enormemente tras la desertión de MacDonald y su canciller Philip Snowden al campo conservador en 1931. Aunque ocupaba un puesto ministerial secundario por aquel entonces, Attlee no fue considerado suficientemente importante como para que MacDonald lo sondease para su nuevo gabinete. Conservando por un margen estrecho su escaño en representación de Limehouse, cuando la mayoría de sus compañeros fueron derrotados de manera aplastante por el sucedáneo de «Gobierno de unidad nacional» reunido por MacDonald, Attlee se situó al frente de un grupo parlamentario laborista enormemente menguado, convirtiéndose en el líder del partido en 1935. El impacto de la prolongada crisis económica y el ascenso del fascismo en Europa empujaron al menguado Partido Laborista hacia la izquierda y Bew se ve obligado a admitir que «Attlee coqueteó con el radicalismo en estos años de una forma que no concuerda con su imagen posterior». Cita un artículo redactado por Attlee y Stafford Cripps, que exigía decisivas reformas anticapitalistas en los primeros meses de un gobierno laborista: «El golpe asestado debe ser mortal y no meramente diseñado para herir y convertir a un oponente resentido y destructivo en un enemigo activo y mortal». Cripps publicó un artículo que preguntaba si era posible introducir el socialismo con métodos constitucionales, y sostenía que un gobierno de izquierdas elegido tendría que abolir la Cámara de los Lores y usar las competencias otorgadas por el estado de emergencia para superar la resistencia conservadora.

Estas «sugerencias inconstitucionales» son anatema para Bew, como cualquier tipo de actividad política situada fuera de las convenciones de Westminster. Cuando analiza la amenaza planteada por la British Union of Fascists de Oswald Mosley, dedica más tiempo a un debate en la Universidad de Cambridge entre Mosley y Attlee que al enfrentamiento que tuvo lugar en Cable Street, en el corazón del territorio del este de Londres que constituía el feudo de Attlee. Pero su afirmación de que Cripps rechazaba la senda del

«cambio puramente democrático» solo se sostiene si la Cámara de los Lores no elegida se considera un baluarte esencial de la democracia. Solo dos décadas antes, Edward Carson y Andrew Bonar Law justificaban su motín contra el gobierno liberal con argumentos idénticos: si la Ley del Parlamento no hubiese privado a los lores de su capacidad de vetar la legislación, no habría habido necesidad de tomar las armas contra la *Home Rule*.

En todo caso, el «coqueteo» de Attlee con el radicalismo demostró ser efímero. A finales de la década de 1930 se oponía firmemente al llamamiento efectuado por Cripps y la Liga Socialista a crear un frente con el Partido Comunista y el ILP contra el fascismo y el Gobierno de unidad nacional. A Attlee seguían considerándolo una figura sosa y carente de atractivo, destinada a ceder el puesto a políticos laboristas más dinámicos. Un comentario atribuido a Churchill —«un hombre modesto con muchas razones para serlo»— resumía esta imagen a la perfección. Attlee y Churchill empezaron no obstante a converger en su oposición a la política de apaciguamiento de Neville Chamberlain y el Partido Laborista se unió a la coalición bélica en 1940, cuando Churchill se convirtió en primer ministro con Attlee como vicepresidente del gobierno. Bew está lleno de admiración por el «firme patriotismo» de Attlee y su constante apoyo a Churchill durante las vicisitudes del conflicto. Esto incluyó respaldarlo en la represión por parte del ministerio de Interior de las huelgas convocadas en la industria nacional. Las «quejas» de «pseudorradicales» como Nye Bevan y Harold Laski no se consideran dignas de una consideración seria. Bew prefiere describir la radicalización de la opinión popular en el Reino Unido durante la guerra como un proceso paulatino, casi imperceptible, por el que el consenso dominante se adaptó al Partido Laborista (y viceversa).

De nuevo escasean las cuestiones imperiales. Antes de la guerra, el Partido Laborista se había comprometido a conceder por fin el autogobierno a India, pero, en ausencia de Churchill, Attlee ordenó el encarcelamiento de Gandhi en agosto de 1942. De acuerdo con Bew, esto puso de hecho «la cuestión india en incubación»: una afirmación engañosa. La detención fue acompañada en realidad por el encarcelamiento a gran escala de los seguidores del Partido del Congreso, provocando huelgas, manifestaciones y muchos estallidos de auténtica insurrección. Los británicos encarcelaron a más de noventa mil personas, golpeando, torturando y manteniendo a muchas de ellas en condiciones espantosas; mataron a más de diez mil, y quemaron cientos de aldeas. Bew no menciona nada de esto, y mantiene también un completo silencio acerca de la hambruna sufrida en Bengala, en gran parte debido a las políticas británicas en 1943-1944, que se cobró cinco millones de vidas.

Bew sitúa, como es natural, la victoria electoral de 1945 y el posterior expediente del Partido Laborista en un lugar destacado de su relato. Aunque los planes básicos habían sido trazados durante la guerra por el economista

liberal William Beveridge, la creación del Estado del bienestar británico es hoy para la mayoría el gran logro del Partido Laborista. De hecho, la lucha por salvar lo que queda de él tras las depredaciones de Thatcher, Blair y Cameron ha sido uno de los principales factores del ascenso del corbynismo. Bew intenta asimilar las reformas laboristas a su orientación atlantista haciendo referencia al «New Deal británico»: una etiqueta equívoca, ya que las medidas aplicadas fueron mucho más amplias que cualquiera de las consideradas por Roosevelt. La política interior de Attlee fue, como escribe Bew, «la más radical del siglo XX», aunque esto no dice tanto de Attlee y sus colaboradores como del arraigado conservadurismo de otros gobiernos. A pesar de toda la hostilidad de los conservadores hacia el Servicio Nacional de Salud, la seguridad social y otros programas sociales diseñados para mejorar la vida de la clase trabajadora y la clase media británicas, esas reformas nunca supusieron una seria amenaza al poder de la elite social del país. Y tampoco lo pretendían. En 1950, para su propio entretenimiento, Attlee confeccionó una lista de los exalumnos de colegios privados que habían participado en su gobierno: veintisiete en total, entre ellos todos los ministros de Hacienda. No había perspectiva real de que el gobierno de Attlee democratizase el sistema educativo británico, o aboliese la Cámara de los Lores. Bew señala con aprobación que «quienes tenían más dudas acerca de la nacionalización albergaban el sentimiento de que los Lores ejercían un control útil».

El título del libro de Bew, *Citizen Clem*, oculta el carácter del hombre que acabó convirtiéndose en conde de Walthamstow, vizconde Attlee y caballero de la Orden de la Jarretera. Más al caso viene la cita de un artículo escrito por Churchill en el que recordaba una conversación mantenida en sueños con su difunto padre. Podía ser que los laboristas estuviesen en ese momento en el poder, explicaba, pero en general dejarían la distribución de la propiedad intacta, pagando una compensación íntegra por cualquier industria nacionalizada: «Ya sabes, papá, son muy tontos, pero también bastante respetables, y cada vez más burgueses». Las nacionalizaciones de posguerra no pretendían sentar las bases de una economía socialista, sino apuntalar sectores necesitados de inversión. Un parlamentario laborista le preguntó a Attlee en la Cámara de los Comunes si «nacionalización y socialización son lo mismo». Su respuesta fatua («muy parecidas») demostraba, en palabras de Bew, «que esas preguntas –habituales entre los economistas socialistas– no atraían demasiado su atención». La voz obrera hace una de sus escasas apariciones cuando Bew cita los recuerdos de Raymond Williams sobre cómo vivió la nacionalización su padre, trabajador ferroviario: «Le pareció la sustitución de una junta directiva por otra. Dijo que la disciplina de trabajo inmediata se endureció de hecho». En otra parte, Bew relaciona las fortunas políticas del Partido Laborista durante el liderazgo de Attlee con el estado de ánimo de los votantes de clase media del sur de Inglaterra, efectuando

una proyección completamente anacrónica de las preocupaciones blairistas sobre una época en la que los trabajadores manuales y sus familias suponían la mayoría de la población.

Mientras que la crítica al gobierno de Attlee desde la izquierda es tachada de «histórica» y «purista», las evaluaciones conservadoras de publicaciones como *The Spectator* y *The Wall Street Journal* se resumen con detenimiento. *Littérateurs* reaccionarios y estudiantes bromistas del Partido Conservador reciben más atención que los mineros y los estibadores en huelga. Los «intelectuales de izquierda» son tachados de soñadores imprácticos. Claramente a Bew le duele admitir que George Orwell, con cuyas inclinaciones socialpatrióticas y anticomunistas concuerda tanto, fue uno de los que consideraron a Attlee insuficientemente radical, y pasa sobre el tema con la mayor rapidez posible, consolándose con la esperanza de que Orwell hubiera cambiado de opinión si hubiese vivido más tiempo.

Attlee y su gobierno pueden también reclamar el mérito de haber establecido el Estado belicista moderno. Este tenía varios componentes superpuestos: una reorientación estratégica, necesaria por la debilidad económica del país y la pérdida de India; un respaldo completo a la estrategia de Guerra Fría planteada por Washington; y el desarrollo de armas nucleares británicas. Bew alaba la independencia de India como uno de los mayores logros de Attlee. Aunque su política «no careció de fallos», fue «proactiva y decisiva» y estuvo «sostenida por una autoridad moral y una claridad derivadas de años de reflexión». Attlee estaba, nos asegura Bew, decidido a «poner fin al imperio con la nota adecuada, y a salvar parte de su mejor lado», garantizando así que el Reino Unido saliese de India «con honor». De hecho, el gobierno laborista había reconocido que habría que conceder el autogobierno a la India, pero aun así esperaba instalar un régimen manejable, que permitiese el mantenimiento de bases y pusiera su ejército a disposición de los intereses del imperialismo británico. Fue el movimiento del Congreso indio, combinado con el creciente malestar en el país, el que puso fin a esta estrategia. El «logro» de Attlee fue el de presidir una descolonización golpeada por el pánico y acompañada de un baño de sangre que costó un millón de vidas y desplazó de sus hogares a catorce millones de personas.

Bew observa que el propio Attlee quería retirarse de Oriente Próximo, además de entregar la responsabilidad de Palestina al gobierno de Truman, como parte del «replanteamiento» imperial de posguerra, pero capituló ante la presión de su ministro de Exteriores, Ernest Bevin y de los jefes del Estado Mayor, que amenazaron con dimitir *en masse*. Bew, tan partidario en otras partes de la «corrección constitucional», no tiene aparentemente nada en contra de esta rebelión militar contra la autoridad civil. Fue uno de los pocos momentos de desacuerdo entre Attlee y Bevin en cuestiones de política exterior. Bew inventa la imagen de un Attlee que estuvo, a diferencia de

Churchill, «libre de la deshonra del imperialismo», pero pasa por alto buena parte de los datos pertinentes. Su gobierno estaba decidido a aferrarse a las colonias consideradas económica o estratégicamente importantes y en las que tenía la fuerza militar necesaria para aplastar toda oposición.

Attlee y Bevin enviaron tropas británicas para ayudar a restaurar el dominio francés en Indochina y el dominio holandés en las Indias Orientales. La intervención en Indonesia fue una operación militar a gran escala que costó la vida a más de seiscientos soldados británicos e indios y a unos veinte mil indonesios, niños y mujeres incluidos. Attlee y Bevin querían también mantener el control sobre Malasia, cuyas plantaciones de caucho suponían un vital ingreso de dólares, y se dispusieron a criminalizar la resistencia que había luchado junto a sus fuerzas contra los japoneses. Cuando esto provocó una insurrección comunista en 1948, las autoridades británicas respondieron con la represión acostumbrada: detenciones en masa, fusilamientos, ahorcamientos y un enorme programa de reasentamiento forzoso. Entre los ejecutados estaba el expresidente de la prohibida Federación Panmalaya de Sindicatos, S. A. Ganapathy, veterano de la resistencia condenado a muerte por poseer un arma de fuego. (A las autoridades coloniales les sorprendió agradablemente que un gobierno laborista permitiese llevar a cabo este ahorcamiento). Bew deja todo este catálogo de represión sin mencionar, repitiendo impasible la afirmación hecha por Attlee de que la independencia india era «la respuesta perfecta a las quejas de la Unión Soviética por el imperialismo británico».

El Partido Laborista aceptó que si el Reino Unido quería seguir siendo una potencia mundial debía aceptar las condiciones impuestas por Estados Unidos. El gobierno de Attlee ofreció Gran Bretaña a Estados Unidos como base militar permanente de la OTAN, algo que indicaba un cambio fundamental en la posición mundial de Reino Unido. Hubo bombarderos B-29, pronto equipados con armas nucleares, estacionados en suelo británico desde el verano de 1949. Bew contempla, como era previsible, cada medida tomada por Attlee, Bevin y sus aliados estadounidenses como una recomendable respuesta defensiva al «expansionismo» soviético. De hecho, como han demostrado historiadores de la Guerra Fría como Melvyn Leffler, los planificadores del ejército estadounidense no encontraron pruebas de ningún plan soviético para invadir Europa occidental a finales de la década de 1940. Stalin respetó el espíritu y la letra del acuerdo de Yalta sobre la división de esferas de influencia. Bew aplica el consabido doble rasero a la conducta angloestadounidense y a la soviética: perfectamente razonable que Churchill impusiese una dictadura de su elección al pueblo griego, con la aprobación de Attlee y Bevin; imperdonable que Stalin hiciese lo mismo en Polonia o Checoslovaquia. Analiza con calma el plan desarrollado por el sucesor de Bevin, Herbert Morrison, para organizar una invasión británica

de Iraq que derrocarse el gobierno de Mosadeq, que finalmente se resolvió aceptando el argumento pragmático de Attlee contra la intervención: disgustaría a los estadounidenses y podría no funcionar como Morrison esperaba. Por la misma lógica, a Stalin se le debería conceder el mérito por la decisión de no invadir Yugoslavia para derrocar a Tito.

Mientras que era completamente adecuado que Attlee y Morrison contemplasen la invasión de Irán para derrocar un gobierno que les disgustaba, Bew no concede tanto margen de flexibilidad a Kim Il-sung, cuyo intento de expulsar al régimen surcoreano respaldado por Estados Unidos se cita como otro ejemplo de «expansionismo agresivo». La participación británica en la Guerra de Corea fue el precio que Washington exigió por la alianza transatlántica. Es bien sabido que, cuando el general MacArthur abogó por lanzar veinticinco bombas atómicas para crear un corredor que aislase Corea del Norte de China, Attlee viajó a Washington para oponerse pero, a pesar de las afirmaciones hechas durante años por los políticos laboristas, no consiguió convencer a los estadounidenses de que deberían consultar con Reino Unido cualquier decisión de usar armas nucleares. Si se hubiesen usado dichas armas, no hay duda de que Attlee las habría apoyado, al igual que apoyó el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki. La guerra convencional desplegada por la Fuerza Aérea estadounidense ya fue suficientemente devastadora. Monica Felton, miembro del Partido Laborista y presidenta de la corporación encargada del desarrollo urbanístico de Stevenage, visitó Corea del Norte en abril de 1951 e informó de los resultados del bombardeo estadounidense. Habían usado napalm y altos explosivos a escala masiva, matando quizá a millones de civiles y obligando a un número incontable a abandonar sus hogares. El gobierno de Attlee no presentó objeción a estos métodos de guerra, pero sí se opuso con firmeza a su exposición pública. Felton fue despedida de su trabajo, expulsada del Partido Laborista y amenazada con un juicio por traición. Bew no dice nada acerca de las atrocidades de Corea ni de la represión interna usada para ocultarlas.

Attlee se convirtió en el principal arquitecto de la bomba atómica en Reino Unido. Contradiciendo su fama de honradez y sinceridad –resaltada repetidamente por Bew– perpetró uno de los grandes engaños de la política británica de posguerra. Para Attlee y Bevin, si el Reino Unido quería ser un socio menor de Estados Unidos, y no su cliente, debía existir una bomba británica «con la Union Jack pintada en ella». La decisión se tomó sin aprobación del parlamento ni de la totalidad del gobierno. Attlee sabía que la mayoría de los ministros y de los parlamentarios laboristas se habrían opuesto, algunos por razones morales, la mayoría por razones económicas. Hasta Bew tiene que admitir que este comportamiento «fue seguramente inconstitucional», pero lo deja a un lado comentando que fue algo «atípico» de su recto sujeto. El apoyo laborista a la Guerra de Corea –y a la Guerra

Fría más en general—exigió un costoso programa de rearme que precipitó la salida de Nye Bevan del gobierno, por su oposición a que se cobrase por el sistema nacional de salud, y que influyó mucho en la derrota electoral de los laboristas en 1951. El gobierno de Attlee hizo los primeros recortes al Estado del bienestar para pagar el Estado belicista, reduciendo de hecho su vida por el bien de la Alianza Atlántica. El Partido Laborista obtuvo aun así la mayoría de los votos populares, pero logró menos escaños que los conservadores. Attlee abandonó finalmente la dirección del partido en 1955, después de conducirlo a otra derrota electoral, y acabó su vida política en la Cámara de los Loes.

Es bastante raro encontrar una biografía importante y erudita escrita con una idea tan transparente de influir en el presente. Bew está completamente justificado al sostener que muchas de las actitudes políticas asociadas con Blair y el Nuevo Laborismo están muy arraigadas en la tradición del partido, en especial en lo referente a política exterior. Pero su creencia de que la tradición es algo que debe celebrarse y conservarse le exige suprimir datos incómodos y abordar con remilgada ambigüedad los crímenes históricos del imperialismo británico. Un prefacio escrito de manera apresurada para la edición de bolsillo del libro aprovecha las elecciones generales celebradas en 2017 en el Reino Unido. Tras haber sostenido con anterioridad que las reformas internas de Attlee nunca podrían repetirse, sugiere ahora que «el estado de ánimo de la población británica es más receptivo a un programa similar al de Attlee que en cualquier momento de las décadas precedentes», con «un significativo sentimiento de que debe aumentarse el gasto en servicios públicos, y que debe producirse una mayor redistribución de la riqueza». No expresa entusiasmo por este cambio, pero le preocupa principalmente que esta heterodoxia no se extienda al papel desempeñado por Gran Bretaña en los asuntos mundiales. Para Bew, Attlee fue «fiel a las más nobles tradiciones de la política exterior británica», representadas por la OTAN: «cosas que Jeremy Corbyn rehúye activamente». Además, Attlee «no tenía trato con la equivalencia moral», un término popularizado por la embajadora de Reagan en Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick, para estigmatizar la idea de que las atrocidades cometidas por Estados Unidos en América Latina deberían juzgarse con el mismo patrón ético que la represión soviética en Europa oriental. La teología del excepcionalismo angloestadounidense no puede permitir una lógica tan elemental. *Citizen Clem* fue concebido para proporcionar estabilidad histórica a la derecha atlantista del Partido Laborista. Con mayor razón, la izquierda corbynista necesita un estudio lúcido sobre la vida política de Attlee que le sirva de antídoto contra el sentimentalismo teñido de rosa que ese laborismo experimenta hacia él.